

TEATRO Y FIESTA POPULAR Y RELIGIOSA

Mariela Insúa | Martina Vinatea Recoba (eds.)



FIESTAS RELIGIOSAS EN *HISTÓRICA RELACIÓN*
DEL REINO DE CHILE POR ALONSO DE OVALLE

María del Carmen Nicolás Alba
Universidad Complutense de Madrid

I. SANTIAGO, CAPITAL PERIFÉRICA

Santiago del Nuevo Extremo, fundada por Pedro de Valdivia en 1541, poseía en el siglo XVII unas características sociales, religiosas y políticas muy singulares. Por un lado, al ser capital de una Capitanía General, categoría militar subordinada al Virreinato del Perú, la convertía en la ciudad más poblada e importante en varios miles de kilómetros a la redonda, pero nunca comparable a la poderosa capital del Virreinato, Lima, ni a la antigua y gloriosa capital del Tawantinsuyo, Cuzco. Esta categoría militar de Chile (la denominación de «reino» fue una decisión táctica de Carlos I por motivos político-matrimoniales, que no comprendía ningún cambio administrativo) significaba que el área chilena era declarada zona de guerra, debido a la insurrección y oposición de los indígenas araucanos a la ocupación española, permanentemente y hasta bien entrado el siglo XVIII.

Esta situación bélica suponía la constante ausencia del cargo administrativo de mayor rango en la capital chilena, el gobernador (con rango de capitán general), quien pasaba casi todo el año planificando batallas en Concepción o actuando en ellas más al sur de esta ciudad, volviendo a Santiago solo durante algunos inviernos o en contadas ocasiones.

Publicado en: Mariela Insúa y Martina Vinatea Recoba (eds.), *Teatro y fiesta popular y religiosa*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2013, pp. 227-239. Colección BIADIG (Biblioteca Áurea Digital), 20/Publicaciones Digitales del GRISO. ISBN: 978-84-8081-409-6.

Por otro lado, la población de Santiago difería mucho de otras ciudades del Virreinato, cualitativa y cuantitativamente. Se estima que en 1625 el número no llegaba a diez mil almas, de las cuales solo dos mil eran españoles o mestizos, ocho mil eran indígenas y apenas se contaban trescientos negros¹. Sin embargo, en la *Histórica relación*, Santiago pretende parecerse a una gran ciudad, como así lo demuestran tanto el mapa dibujado por Ovalle en la misma crónica (que muestra algo más de cinco mil viviendas, el equivalente a entre treinta y cincuenta mil personas) como la continua comparación con otras ciudades americanas e incluso con Europa. Más realista fue Felipe Guamán Poma de Ayala, quien en 1615 dibujó un mapa de Santiago de Chile con no más de 10 casas, igual número de iglesias y un edificio principal (seguramente el Cabildo), en cuya plaza bosquejó una procesión².

Entre los españoles o mestizos, desde luego se encontraba la clase social y económica más alta, generalmente ligada al poder político y religioso de la ciudad. Sin embargo, el origen de la población indígena era tremendamente diverso, ya que solo el catorce por ciento de ellos era originario de Santiago. El resto, en su mayoría huarpes de Cuyo y araucos del sur, había sido trasladado forzosamente para trabajar en las encomiendas de los ricos hacendados españoles, por lo que podemos imaginar que la tradición cultural y el sincretismo religioso se habrían difuminado, a causa de esta diversidad y por la gran fortaleza de la religión cristiana, que solo en Santiago había asentado a diferentes órdenes religiosas, las cuales por medio de las cofradías y los gremios se encargaban de vigilar el estado espiritual de sus feligreses.

2. FESTIVIDADES RELIGIOSAS

Dedica el clérigo cinco capítulos de dos libros a las fiestas religiosas³, de las que enumera veintiuna. Estas corresponden con solo ocho

¹ Ramón, 2000, p. 39.

² Guamán Poma de Ayala, *Nueva crónica y buen gobierno*, p. 1075.

³ Del libro V: capítulo VI, *Del culto divino y eclesiástico de la ciudad de Santiago*; capítulo VII, *En que se trata de las procesiones de la Semana Santa en la ciudad de Santiago* y capítulo VIII, *De las fiestas y regocijos de la ciudad de Santiago*. Del libro VIII: capítulo VI, *De los Ministerios en que la Compañía de Jesús se ejercita y puede emplearse en el Reino de Chile* y capítulo VII, *Prosigue la misma materia trátase de los ministerios con indios y negros*.

de las treinta y ocho recomendadas por el III Concilio Limense⁴, para los españoles y con cinco de las doce para los indios, además de todos los domingos, aunque el citado Concilio aprueba que se introduzcan otros días en consonancia con las costumbres de cada región⁵. Sin embargo, todas estas fiestas citadas por Ovalle no corresponden a las «de guardar religiosamente», en cuyo caso resultaría sorprendente que en una ciudad de tan novísima fundación como Santiago ya hubiese arraigado la costumbre de celebrar otras quince fiestas diferentes a las observadas por el Concilio Limense. El religioso realiza una simple enumeración de las festividades patronales (no obligatorias para los feligreses, con excepciones según el mandato del Cabildo)⁶ de cada congregación o iglesia, que como avanzábamos anteriormente, eran muy numerosas: San Ignacio en la de los jesuitas; el Rosario y Tránsito de Nuestra Señora, en Santo Domingo; la Concepción (aunque esta era preceptiva), en la Merced; San Lorenzo y la Cruz (también preceptiva), en la capilla de la Veracruz y la Candelaria, en San Agustín, como el propio autor narra. Además, cada una de estas parroquias albergaba la imagen del santo al que veneraban en procesión en estas fiestas nombradas. El propósito de Ovalle al citar tan numerosas fiestas celebradas en Santiago es, simplemente, demostrar la devoción de sus vecinos para mayor gloria del pueblo chileno.

Observemos que al sumar las fiestas citadas por el jesuita y las obligadas por el Concilio, además de todos los domingos, el total es

⁴ Lisi, 1990, p. 209.

⁵ «Aparte de estos, si los hubiere introducidos como días festivos por una costumbre probada o por legítimos privilegios, guárdense también religiosamente en cada región. [...] Sin embargo, los indios que quieran guardar otros días festivos, siguiendo nuestra costumbre, y en estos días ser librados de los trabajos serviles totalmente, pueden hacerlo según su devoción y nadie los compela a trabajar en absoluto» (Ver Lisi, 1990, p. 209).

⁶ En ocasiones, el Cabildo ordenaba como fiesta de guardar, y por tanto, con sus respectivas procesiones, ciertas fiestas patronales. Por ejemplo, el Acta del Cabildo del 29 de julio de 1624 ordena «en el dicho cabildo pareció el padre Francisco Gómez, del colegio de la Compañía de Jesús, y en su nombre y de los religiosos y perlado dél, propuso el deseo que la dicha religión ha tenido del aumento de esta ciudad, [...] y habiéndose tratado y lo que esta ciudad debe a la dicha religión y el bien que se espera recibir por intercesión del bendito santo, acordaron y mandaron que se guarde por fiesta de guarda en esta ciudad y traza de ella la fiesta del glorioso San Ignacio en conformidad de las demás.» (Toribio Medina, *Colección de historiadores de Chile*, Tomo XXVI, p. 413).

de ciento treinta y un días de fiestas⁷ (sin contar las rogativas ni las conmemoraciones reales), lo cual equivale a un tercio del año, por lo que se deduce la importancia primordial de la fiesta en la sociedad del siglo XVII.

En cualquier caso, el jesuita se detiene a describir con meticulosidad cuatro fiestas: el Corpus Christi, la Asunción, la Semana Santa, y la Inmaculada Concepción, que sí coinciden con las aconsejadas por el III Concilio Limense.

2.1. La Inmaculada Concepción

La fiesta de la Inmaculada Concepción merece un capítulo aparte, pues este dogma no fue definido por el Vaticano hasta 1854. Debido a la apatía vaticana con respecto a la cuestión inmaculista, durante los reinados de Felipe III (1598-1621) y Felipe IV (1621-1655) se realizaron desde Madrid grandes esfuerzos para que el Papa declarase dogmático el misterio, al mismo tiempo que los reyes se enfrentaban a una gran parte del clero que se proclamaba no inmaculista y por supuesto, a la Reforma católica iniciada un siglo antes por los protestantes en todo el continente europeo. Como principales valedores de la Contrarreforma, los Austrias menores pugnaron largamente por este misterio más que por ningún otro, y en 1621, Felipe III emitió una Real Cédula que ordenaba celebrar esta fiesta, declarándola de guardar en todo el Imperio en 1644, y por su parte el Papa hizo lo propio en toda la Iglesia en 1708. Ya en el III Concilio Limense (1582-1584), la Concepción había sido proclamada fiesta de guardar, desmarcándose de las contradictorias interpretaciones que el Concilio de Trento había suscitado⁸. En el Nuevo Mundo, la devoción mariana era tanto o más popular que el propio Evangelio, ya que desde los primeros tiempos de la conquista, los descubridores se consagraban más a menudo a sus respectivas vírgenes y, la identificación de una «diosa» cristiana con las propias de las diferentes creencias indígenas

⁷ Según Sergio Villalobos, «Las fiestas religiosas del siglo XVII llegaban a ocupar 139 días del año, sin contar los domingos y las celebraciones extraordinarias». Ver Villalobos, 2000, p. 309.

⁸ «Declara no obstante el mismo santo Concilio, que no es su intención comprender en este decreto, en que se trata del pecado original, a la bienaventurada, e inmaculada virgen María, madre de Dios; sino que se observen las constituciones del Papa Sixto IV de feliz memoria, las mismas que renueva; bajo las penas contenidas en las mismas constituciones» (Iglesia Católica).

facilitaba el trabajo del evangelizador. Tal era la importancia adquirida por la Virgen en América, que concretamente, en Santiago de Chile, las fiestas dedicadas a la Concepción tenían una duración de ocho días, lo cual evidenciaba un notable parangón con la Navidad, el Corpus Christi o la Semana Santa⁹.

A pesar de los esfuerzos de Ovalle en ilustrar el boato y esplendor que adornaban estas fiestas, no son en ningún caso comparables a las realizadas en Cuzco, donde la suntuosidad y el lujo eran la característica predominante, lo cual puede dar una idea de la riqueza de Santiago en el siglo XVII. Mientras en la ciudad chilena el mayor gasto era en cera¹⁰, en Cuzco se hacía lo propio con el oro y las piedras preciosas¹¹.

Sin embargo, el gasto era proporcional a la riqueza de la ciudad, y en Santiago, según Ovalle, la devoción era lo más sobresaliente y su admiración por toda la pompa organizada alrededor de cada fiesta, y en particular por esta de la Concepción, es inherente al texto. En efecto, esta celebración disfrutó de todos los elementos propios de la fiesta barroca (que Ovalle nombra «fiestas de regocijos exteriores»): certámenes poéticos, torneos y justas, hachazos, juego de cañas, carreras, toros, alcancías, invenciones y sortijas, además de las preceptivas misas y procesiones. Es de suponer que estos regocijos pronto tuvieron mucho éxito en Santiago, pues varios autores señalan el peligro de las carreras entre los feligreses, que preferían organizarlas los domingos en lugar de acudir a misa¹².

⁹ «A las ceremonias religiosas o civiles de gran solemnidad solía seguir la fiesta popular que se prolongaba hasta por ocho días» (Ver Terán Bonilla, 2011, p. 317).

¹⁰ En las *Actas del Cabildo de Santiago* durante todo el siglo XVII son comunes las órdenes para gastos en cera a lo largo de todo el año.

¹¹ El Inca Garcilaso describe la fiesta del Corpus en Cuzco en el capítulo I del libro VIII de su *Historia General del Perú* de esta manera: «Cada uno de ellos tenía cuidado de adornar las andas que sus vasallos habían de llevar en la procesión de la fiesta. Componíanlas con seda y oro, y muchas ricas joyas, con esmeralda y otras piedras preciosas.» (Garcilaso de la Vega, *Historia General del Perú*, p. 275).

¹² «Chile no quedó a la zaga. En Santiago la pasión por ellas llegó a situación tan extrema que la Iglesia tuvo que mediar e imponer severas sanciones a los impenitentes aficionados. Muchos santiaguinos no cumplían con el precepto dominical porque preferían trasladarse a los improvisados hipódromos, situados en lugares algo distantes del casco urbano. Todos aquellos que prefirieran la carrera a la misa serían excomulgados, según dictaminó la autoridad eclesiástica» (Ver López Cantos, 1992, p. 125).

Estos elementos eran, naturalmente, herencia de las celebraciones españolas, pues en otras crónicas de Indias y españolas se hace referencia a ellos¹³. En cuanto al acto dramático, es de destacar la procesión carnavalesca celebrada en Santiago con motivo de la Concepción, ya que era común realizar figuraciones con disfraces y máscaras de todas las naciones del mundo, no solo en Santiago sino en el resto del continente. En esta ocasión se representaba la petición al Papa de declarar dogmático este misterio:

Tocó uno de ellos a la congregación de españoles que está fundada en nuestra Compañía, la cual hizo una muy costosa y concertada máscara en que concurrían todas las naciones del mundo, con sus reyes y príncipes, todos vestidos a su usanza, con grandes acompañamientos, y detrás de todos el Papa, a quien llegaba cada nación con su rey a suplicarle favoreciese este misterio¹⁴.

Esta descripción es reveladora en cuanto que no se representa el misterio, sino la petición de declaración del dogma a la máxima autoridad eclesiástica. De esta manera, se evitaban las pugnas entre inmaculistas y no inmaculistas y una posible errónea interpretación del Concilio de Trento, al mismo tiempo que se satisfacían los deseos del rey, evidenciando claramente la supremacía del poder político frente al poder sagrado en los territorios americanos y la ambigüedad de la soberanía vaticana en los territorios del rey español, hecho que sin duda debió de favorecer a algunas congregaciones y perjudicar a otras. En este caso, los dominicos fueron tradicionalmente antiinmaculistas y los jesuitas proinmaculistas, y aunque Ovalle silencia la participación de los dominicos en esta fiesta, no necesariamente porque no participasen (lo cual hubiese sido escandaloso), sino porque solo nombra a su propia congregación, a la que conoce, a la que quiere promocionar por lealtad a la Virgen y seguramente la que mayor esmero dedicaba a esta fiesta por su particular defensa del dogma.

¹³ Por ejemplo, el juego de las sortijas es descrito por Miguel de Cervantes en *El coloquio de los perros*; las alcancías y los juegos de cañas por Fray Diego de Ocaña en *Descripción y relación de fiestas en honor de la Virgen de Guadalupe de Chuquisaca*.

¹⁴ Ovalle, *Histórica relación del reyno de Chile*, p. 294.

2.2. Elementos comunes a las fiestas religiosas

Gastos

La riqueza económica constituía el arma más valiosa para poder conseguir puestos importantes civiles o eclesiásticos, y no había mejor momento para mostrar la supremacía de cada familia que durante los actos públicos, donde se derrochaba a conciencia. La sociedad civil tenía sus códigos, y durante las fiestas religiosas, estos se exponían explícitamente. Así, el orden procesional estaba relacionado con la riqueza de la congregación que a su vez estaba supeditada a las limosnas de los nobles, quienes tenían sus preferencias por una u otra orden y por el diezmo que cada gremio pagaba a su cofradía que también dependía de una iglesia u orden determinada.

Por su parte, Ovalle refiere que la fiesta de San Ignacio, patrón de la Compañía de Jesús, «la costea una señora muy principal y noble, devota del Santo»¹⁵, y de igual manera señala otras fiestas propias de otras órdenes religiosas. Sin embargo, el Corpus Christi, según lo describe Ovalle, tenía más tradición dentro de la comunidad religiosa que entre los feligreses, ya que aunque «concurren a esta todas las religiones y cofradías», las procesiones corrían a cargo de la Iglesia y duraban más de un mes porque cada monasterio y orden realizaba su propia procesión.

Debido a su condición de religioso y a los fines que pretendía con la publicación de su crónica, Ovalle demuestra sentimientos encontrados respecto al gasto económico que supone la celebración de las fiestas. Comienza el capítulo VI del libro V admirando la belleza de Santiago durante las celebraciones sin censurar los costes; al contrario, los elogia y los califica como «forzosos»:

Si hubiéramos de hacer juicio de lo que es esta ciudad, a proporción del estado eclesiástico de que se compone y del culto divino en que tanto se esmera, la juzgáramos por mucho mayor de lo que es, y pocas pudieran parecerlo tanto, porque la grandeza, aseo y curiosidad con que se celebran las fiestas, los gastos que se hacen en músicas, olores y cera, son muy grandes¹⁶.

¹⁵ Ovalle, *Histórica relación del Reino de Chile*, ed. 1969, p. 201.

¹⁶ Ovalle, *Histórica relación del reyno de Chile*, p. 285.

Sin embargo, el jesuita ofrece su objetividad testimonial cuando relata la ordenanza del obispado para limitar el gasto de cera y olores debido a la competencia entre congregaciones. Este tope se restringía al altar mayor, y el mismo Ovalle denuncia veladamente la inutilidad de tal prohibición debido a que los mayores gastos se hacen en los «pebeteros y candeleros de alcorza, de que también hacen varias láminas de media talla, soles, estrellas, querubines y otras invenciones de mucha costa y lucimiento»¹⁷.

Esta insistencia en el derroche se debe al interés de Ovalle en ofrecer una imagen de la ciudad de Santiago muy superior a la real, ya que, como buena guía turística del siglo XVII, la crónica debía mostrar cierto parecido de la capital del reino de Chile a las gloriosas ciudades de Lima o México y no el verdadero villorrio que en realidad era Santiago. En la misma línea, pero con una opinión muy diferente, se refiere al gasto que se hace en bodas y bautizos entre la aristocracia, donde sus miembros compiten por ofrecer los mejores banquetes con un gasto superior realmente al que no tienen:

Cuesta todo esto muchísimo, porque el azúcar viene del Perú y la manufactura de todas estas curiosidades es muy cara; los convidados, muchos, [...] Esto es lo que no puede excusar ninguna de las personas de importancia que tiene algún caudal; que si quiere uno sobresalir entre los demás, haciendo fiestas públicas, como suelen, visto está cuánto crecerá el gasto. [...] porque como ninguno se tiene por menos que otro, aunque lo sea su caudal, hacen reputación que no debieran, de quedar atrás e inferiores a los que más tienen¹⁸.

Esta asombrosa crítica a las apariencias se revela como un acatamiento al decreto promulgado por el Concilio de Trento referente a la modestia con que se debían celebrar las fiestas santas¹⁹, que por otro lado se torna inconstante cuando vuelve a asombrarse por el gasto, sin pronunciar juicio alguno, esta vez sobre los negros esclavos, aunque se vislumbra la ingenuidad del jesuita ante los prodigios de la fe:

¹⁷ Ovalle, *Histórica relación del Reino de Chile*, ed. 1969, p. 220.

¹⁸ Ovalle, *Histórica relación del reyno de Chile*, p. 296.

¹⁹ «En los demás tiempos permite se celebren solemnemente los Matrimonios, que cuidarán los Obispos se hagan con la modestia y honestidad que corresponde; pues siendo santo el Matrimonio, debe tratarse santamente» (Iglesia Católica).

Conté más de cuatrocientas hachas de cera blanca, que es mucho por valer allí tanto, como he dicho, y más siendo estos unos pobres esclavos; pero su piedad es tanta que el real que llega a sus manos lo guardan para estas ocasiones por salir con lucimiento a ellas, porque tienen puesta en esto su honra²⁰.

Los indios y los negros

La primera vez que Ovalle introduce a los indios participando de los ritos religiosos ocurre durante las celebraciones del Corpus, aunque por el tono del sacerdote no le eran de su agrado, debido al «ruido que hacen con sus flautas y con la vocería de su canto»²¹, lo cual impedía el buen orden de la procesión y la buena audición de la música sacra. Los indios de Santiago, como se ha indicado anteriormente, no estaban adscritos a ninguna población indígena que compartiese cierto grado de identificación entre sus miembros, por lo que la incomunicación entre ellos debía de ser elevada, teniendo en cuenta que el único rasgo en común era la subyugación a un dominador y, consecuentemente, al sustrato lingüístico. Así pues, no es de extrañar el desorden que reinaba entre ellos, como señala Ovalle.

Además de las interferencias lingüísticas, debemos añadir la incompreensión debido a la ignorancia frente a espectáculos creados por cultos sacerdotes donde no solamente se precisaba un conocimiento básico de la religión católica, que sin duda recibían los indígenas, sino que además era preciso contar con un mínimo conocimiento de mitología grecolatina y de la cultura occidental para poder inferir las alegorías que se representaban. Sin embargo, el objetivo principal de la fiesta, el fortalecimiento de la fe mediante el poder visual²², se lograba mediante la fascinación que la fiesta despertaba en los indios, independientemente de la comprensión de todos sus elementos, lo cual no debía preocupar demasiado a la comunidad eclesiástica, ya que el mismo efecto producía sobre el vulgo español en la Península, en su mayoría analfabetos, pero con una tradición cultural grecolatina milenaria.

²⁰ Ovalle, *Histórica relación del reyno de Chile*, p. 223.

²¹ Ovalle, *Histórica relación del reyno de Chile*, p. 286.

²² Sobre el poder visual de la festividad del Corpus Christi en particular en la ciudad de México, ver Sigaut, 2011.

Vuelve Ovalle a ubicar a los indios durante las procesiones del Domingo de Resurrección, esta vez con un tono de condescendencia y situándolos en un nivel inferior al del español o criollo, aunque no ausente de buenas intenciones y admiración por los progresos de su fe:

Todas [las procesiones] con muy grande aparato de luces, insignias, pendones, danzas, música, cajas y clarines, que hacen aquella mañana muy alegre [...] a quien no puede la tierra dárselas más alegres que con la conversión y penitencia de los pecadores y más de estos nuevos cristianos cuyos ascendientes adoraban ayer sus ídolos [...] hechos grandes de su corte los que poco antes eran esclavos del demonio²³.

Es una acción de grande edificación y ejemplo, porque la hacen estos nuevos cristianos con tanta devoción y recogimiento, que pueden dar ejemplo y enseñanza en esto a muchos cristianos viejos²⁴.

Ovalle se prodiga más con los negros, quienes causan mayor admiración en el jesuita, al comparar sus procesiones con las de los indios («no es en nada inferior a la de los indios»)²⁵ e incluso superándolas («en que hacen ventaja a los indios, porque son más alegres y regocijados»)²⁶, no hallando en sus palabras ningún rasgo de molestia hacia los negros («No contentos con esto, suelen hacer sus oraciones y representaciones, en que hay tanto más que ver y que admirar cuanto es menos el lugar y comodidad que tienen, por ser esclavos y no saber leer para atender a los ensayos»)²⁷, al contrario de lo que vimos más arriba con los indios. No es de extrañar este trato de favor hacia los negros, ya que el colegio de la Compañía de Jesús era el que albergaba la cofradía de los negros, por lo que seguramente el autor tuvo mucho mayor contacto con los negros que con los indios.

Sin embargo, la situación social de este grupo no es objeto de crítica por Ovalle en ningún momento de la crónica, lo cual es totalmente acorde con las leyes sociales que en aquel momento estaban vigentes, y en las que los negros no eran considerados personas jurídicas de pleno derecho, como sí lo eran los indios, al menos en teoría. En efecto, la Iglesia prohibía tajantemente el sometimiento a la

²³ Ovalle, *Histórica relación del reyno de Chile*, p. 291.

²⁴ Ovalle, *Histórica relación del Reino de Chile*, ed. 1969, p. 224.

²⁵ Ovalle, *Histórica relación del Reino de Chile*, ed. 1969, p. 224.

²⁶ Ovalle, *Histórica relación del Reino de Chile*, ed. 1969, p. 224.

²⁷ Ovalle, *Histórica relación del Reino de Chile*, ed. 1969, p. 223.

esclavitud de los indios, pero al mismo tiempo el III Concilio Limense reducía sus obligaciones religiosas por motivos de sobrecarga espiritual (en realidad, por presiones de los terratenientes), introduciendo la ambigüedad con la posibilidad de liberación del trabajo por motivos religiosos²⁸.

En cualquier caso, el poder de la iglesia se consolidaba al estar integrados en las celebraciones religiosas todo el elenco social y, de esta manera, se sometía al pueblo por medio de la sacralización de los actos sociales, y todo esto bajo una única autoridad: el rey de España.

3. CONCLUSIONES

La singularidad de esta crónica, y por extensión, de los capítulos dedicados a la fiesta, radica en tres aspectos principales: los objetivos explícitos e implícitos de Ovalle, la inclusión de elementos ajenos a la realidad peninsular y los rasgos propios de la sociedad santiaguina, tan distintos a los del resto del Virreinato, reflejados en la celebración de las fiestas religiosas.

Aunque Alonso de Ovalle afirma que el principal objetivo de su crónica es «dar noticia de aquellas tan remotas regiones»²⁹, es notable su insistencia en reflejar la rápida y auténtica conversión de los antes infieles, más teniendo en cuenta que el motivo del viaje de Ovalle a Europa era incautar nuevos seglares para la misión evangelizadora. Por ello, despliega, al igual que en el resto de la crónica, gran parte de su conocimiento experimental en la descripción visual de muchos de los elementos de la fiesta religiosa celebrada en Santiago de Chile, sin ahorrar alabanzas excesivas sobre el esplendor que caracterizaban estas celebraciones, insistiendo con frecuencia en el gasto realizado. Contrariamente, las Actas del Cabildo de Santiago durante la primera mitad del siglo XVII solo hacen mención (aunque continuamente) a la compra de cera necesaria para las procesiones y a la asignación de personalidades en las diferentes congregaciones para el sufragio del

²⁸ «Además, los nuevos fieles, a los que la materna indulgencia de la Iglesia consideró que había que librar parcialmente del gran peso de sus preceptos, sean obligados a guardar sólo los días siguientes [...]. Sin embargo, los indios que quieran guardar otros días festivos, siguiendo nuestra costumbre y en estos días ser librados de los trabajos serviles totalmente, pueden hacerlo según su devoción y nadie los compela a trabajar en absoluto» (Ver Lisi, 1990, p. 209).

²⁹ Ovalle, *Histórica relación del reyno de Chile*, p. XXI.

gasto derivado, que en ningún caso es distinto a la cera. Esto, unido a la excesiva población dibujada por el autor, conduce a que se deduzca la manifiesta intención de Ovalle en mostrar la absoluta piedad y fervor de su pueblo, para recargar su descripción y con ello lograr mayores favores de las autoridades correspondientes.

En segundo lugar, el hecho de que la fiesta de la Inmaculada Concepción sea detallada ahorrando las ambigüedades propias que corresponderían a tan discutido misterio en Europa, evidencia la distancia religiosa y política de la colonia.

Finalmente, la fiesta religiosa se presenta como el evento de distracción del pueblo por excelencia de la sociedad hispana del siglo XVII, donde todos los artificios barrocos se exportan desde la Península hasta los confines del Imperio, con unas particularidades tan significativas en la colonia, como es la presencia de indígenas y esclavos negros, que le confieren unas propiedades muy peculiares más acentuadas en el caso de Santiago de Chile, debido a la diversidad indígena relacionada con la unificación espiritual.

BIBLIOGRAFÍA

- Garcilaso de la Vega, Inca, *Historia General del Perú*, Córdoba, vda. de Andrés Barrera, 1617.
- Guamán Poma de Ayala, F., *Nueva corónica y buen gobierno*, Copenhage, Det Kongelige Bibliotek, 1616.
- Historia/Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia, *Sínodo Diocesano de Santiago de Chile celebrado en 1626, por el ilustrísimo señor Francisco González de Salcedo*, Santiago, Universitaria, 1964.
- Iglesia Católica, «Documentos del Concilio de Trento» 1545, *Biblioteca Electrónica Cristiana*, <http://www.multimedios.org/titulos/d000436.htm>, consultado 8 de marzo de 2012.
- López Cantos, A., *Juegos, Fiestas y diversiones en la América española*, Madrid, Fundación Mapfre, 1992.
- Lisi, F. L., *El Tercer Concilio Limense y la aculturación de los indígenas sudamericanos*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1990.
- Ovalle, A. de, *Histórica relación del reyno de Chile y de las misiones y ministerios que ejercita en él la Compañía de Jesús. Reimp. con una introducción biográfica y algunas notas por J. T. Medina*, Santiago de Chile, 1888.
- *Histórica relación del Reino de Chile. Serie A Escritores de Chile*, Santiago de Chile, Instituto de Literatura Chilena, 1969.
- Ramón, A. de, *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*, Santiago de Chile, Sudamericana, 2000.

- Sigaut, N., «La fiesta del Corpus Christi y la incorporación de sistemas visuales», en *Memoria del IV Encuentro Internacional sobre Barroco. La fiesta*, GRISO-Universidad de Navarra/Fundación Visión Cultural, 2011, pp. 123-134.
- Terán Bonilla, J. A., «La ciudad novohispana y la fiesta barroca», *Memoria del IV Encuentro Internacional sobre Barroco. La fiesta*, GRISO-Universidad de Navarra/Fundación Visión Cultural, 2011, pp. 315-322.
- Toribio Medina, J., *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional. Tomo XXV. «Actas del Cabildo de Santiago (Tomo VII)»*, Santiago de Chile, 1861-1923.
- *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional. Tomo XXVI. «Actas del Cabildo de Santiago (Tomo VIII)»*, Santiago de Chile, 1861-1923.
- *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional. Tomo XXVII. «Actas del Cabildo de Santiago (Tomo IX)»*, Santiago de Chile, 1861-1923.
- *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional. Tomo XXX. «Actas del Cabildo de Santiago (Tomo X)»*, Santiago de Chile, 1861-1923.
- *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional. Tomo XXXI. «Actas del Cabildo de Santiago (Tomo XI)»*, Santiago de Chile, 1861-1923.
- *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional. Tomo XXXII. «Actas del Cabildo de Santiago (Tomo XII)»*, Santiago de Chile, 1861-1923.
- *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional. Tomo XXXIII. «Actas del Cabildo de Santiago (Tomo XIII)»*, Santiago de Chile, 1861-1923.
- *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional. Tomo XXXIV. «Actas del Cabildo de Santiago (Tomo XIV)»*, Santiago de Chile, 1861-1923.
- *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional. Tomo XXXV. «Actas del Cabildo de Santiago (Tomo XV)»*, Santiago de Chile, 1861-1923.
- Villalobos, S., *Historia del pueblo chileno*, Santiago de Chile, Universitaria, 2000, vol. IV.